

X.

Matilde, la vengativa Matilde, en su despecho, se conforma con murmurar. Su triunfo fué tan efímero como ha sido tremendo su castigo. Es una coqueta. Todos le temen, y se vé reducida á la condicion de novia de los pollos que se enseñan á calaveras con los despojos de los que ya lo son.

¿Podia el cielo haberle enviado castigo mas grande?

Las malas pasiones rara vez quedan sin castigo.

LUISA.

A FRANCISCO DE P. GONZALEZ.

I.

—Créame vd., Luisa, la amo á vd. con toda mi alma, y la amaré mientras.....

—¿Mientras viva?

—Luisa, yo no sé mentir: la amaré á vd. mientras pueda amarla, mientras pueda hacerlo.

—¿Mientras pueda? Quiere decir que vd. desconfia de sí mismo.

—No solo de mí, sino de vd. tambien.

—¡Caballero!

—No debe vd. enojarse, Luisa; permítame vd. que me explique, y me dará la razon.

—La filosofía realista lo ha invadido todo. No es el amor para los hombres pensadores de la época actual, aquella pasión que lo subyuga todo, porque habia en ella algo de que no podia uno darse cuenta: no es ya la fuerza irresistible que nos impele en todas nuestras acciones porque unos ojos claros como los de vd. nos han mirado de un modo que enloquece, porque una mirada dice: “te puedo amar si tú te empeñas.” No, Luisa; el amor, como todo, depende del estado fisiológico de nuestro sér; me explicaré mejor, de nuestra sangre y de nuestro cerebro. Por apasionado que suponga vd. á un hombre, si se ha desvelado muchas noches, si su estómago está débil y su cerebro calenturiento, no crea vd. que pueda amar con la vehemencia de un héroe de novela. Preferirá el descanso á oír la voz de una mujer que

ama; preferirá un buen platillo á un beso; preferirá.....

—Está vd. insoportable, amigo mio.

—Tal ha parecido siempre la verdad á los que se empeñan en vivir engañados. Pero déjeme vd. concluir. El amor, por mas que en horas de éxtasis lo hayan pintado los poetas como una emanación del cielo, no es otra cosa mas que un apetito.

—¿Y Eleisa y Abelardo? ¿y Romeo y Julieta? ¿y los amantes de Teruel?

—Todos esos amores, bien comprendidos, despojados de los atavíos de que los han cubierto los novelistas, se reducen á lo mismo. Desengañese vd., uno ama mientras espera, mientras puede amar.

—Calle vd., por Dios.

—El principio del amor es la vanidad, es el amor propio que quiere satisfacer un capricho nuevo; sigue despues la costumbre, y mas tarde no queda otra cosa mas que acatar sumisamente las leyes de la sociedad en que vivimos. De otro modo, si el amor fuese único, ¿el turco podria ser feliz con tan-

tas mujeres? Si el amor es único, si el amor no muere, ¿no serian muy desgraciados los hombres en la tierra? ¿no hubiera sido una crueldad hacernos venir á un mundo como el que habitamos? Yo lo repito: amaré á vd. mientras pueda, mientras vd. satisfaga las necesidades de mi espíritu, que adolece hoy de esa enfermedad que se llama el deseo de que vd. me diga que me ama y que es feliz con mis caricias. Amaré á vd. mientras pueda, porque no podré hacerlo desde el momento en que vd. sienta por otro lo que no quiero hoy sino para mí. Tambien es un deber que nos impone la caballerosidad, la nobleza del alma, el no engañar á nadie. Yo no creo en el amor eterno; creo que puedo vivir contento al lado de vd. tal vez toda la vida; pero podria tambien suceder, que al conocer á vd. muy de cerca, muriese lo que ahora siento, se acabase esta calentura, y tendria en ese caso que retirarme, aun cuando la fiebre no hubiese abandonado á vd.

—Pues yo.....

—¿No acepta vd?

—¡Nunca!

—¿Nunca? ¡Mire vd. que la franqueza misma con que le he hablado pudiera despertar en vd. el deseo de reducirme al órden comun!

—Vd. se equivoca; si por locos tiene á los que comprenden el amor de otra manera que vd., yo á vd. por loco tambien le tengo, y no podria ni deberia amar jamás á un loco.

—Le juro á vd., por la memoria sagrada de mis padres, que será vd. mia. ¿Lo oye vd? que me amará; que se enfermará por mí. El amor es la enfermedad de ese algo misterioso que llamamos espíritu y que todos dicen que existe, aunque nadie explica bien su esencia.

—Le ruego á vd. que no me juzgue con tanta ligereza. Motivos sobrados tengo yo para creer que ni debia escuchar á vd. Le repito que no le he de complacer, y le suplico no me vuelva á hablar de ese asunto.

Así hablaron una noche en el Zócalo dos jóvenes, á quienes, puesto que tenemos que seguirlos en adelante, pues á mí me ha in-

teresado su conversacion, os voy á describir ligeramente.

Luisa era una jóven que tendria á la sazón unos veinte años; su cuerpo no podia llamarse con propiedad erguido; era mediana su estatura como la de la mayor parte de la juventud actual, en que tanto se descubre la debilidad de la generacion; en cambio en los ojos negros de Luisa se traslucia toda la malicia, toda la coquetería, y la gracia irresistible de las jóvenes de la época.

Sus lábios eran provocativos, húmedos, y en todo su sér habia esa simpatía que atrae mas que la hermosura misma.

Porque la belleza plástica, esos tipos de donde el artista ha copiado sus mejores obras, que sueña el poeta ó describe el novelista, no existen entre nosotros, por mas que nuestro orgullo *nacional* ó nuestro capricho pretendan así probarlo.

Las feas están de enhorabuena, no hay hermosas que deslumbren y formen con ellas un contraste que pueda perjudicarlas. Y la

gracia carecteriza á la mujer de nuestros días.

¿Qué mas pudiera apetecerse?

El jóven era feo, pero de talento. Las mujeres nécias son las únicas que se atreven á censurar el perfil de los hombres.

Lorenzo era un jóven del gran mundo, de mucha sociedad; pero se distinguia de la mayor parte de los aristócratas, en que era ilustrado.

Cosa rara en esa esfera en que, ensimismados los que viven en ella porque poseen grandes riquezas, creen que con ellas todo se puede comprar.

¡Qué error!

Que Luisa tenia simpatías por Lorenzo, era indudable; que la familia de la jóven veia esto con agrado, no hay que decirlo; puesto que ya manifestamos que Lorenzo era rico. Tenia talento para satisfacer las exigencias de una imaginacion viva como la de Luisa, y tenia dinero para llenar las aspiraciones de una jóven que desea figurar en primera

línea en una sociedad en que todavía existen privilegios.

Dados á conocer los dos personajes de esta brevísima historia, continuemos la narracion.

II.

Quando se separaron esa noche Lorenzo y Luisa, fuése cada uno pensando, como era natural, en el otro.

—Pues es raro este Lorenzo; se decia Luisa; tiene unas ideas que no me atrevo á llamar extravagantes; pero que, sin embargo, no puedo aceptar. Casi, casi, es un materialista grosero. Su educacion es lo único que impide oír mayores absurdos de sus lábios. Yo no sé por qué; yo no lo comprendo; pero..... tal vez su lenguaje es estudiado. Pudiera muy bien suceder que èl se hubiese imaginado que yo no soy una mujer vulgar, y que para llamarme la atencion era preciso

decir otra cosa distinta á las cosas de que hablan la mayor parte de los ricos. Para nada se ha ocupado de sus coches, ni de ninguna de esas vanidades. Mas, eso de decirme que he de amarle irremisiblemente ¿no es un rasgo de presuncion extremada, de arrogancia suma? En una cosa sí que tuvo razon, y es en que por lo mismo que me parecen raras sus ideas he de procurar reducirle al órden comun.

Ahora recuerdo que pronuncié la palabra *nunca*. Si mamá lo supiera, se enojaria sin duda; quiere casarme á toda costa con un rico.....

Así pensaba Luisa.

Lorenzo, aunque por su talento parece que debia estar exento de ciertas pretensiones tontas de los ricos, no sabia darse cuenta de cómo Luisa no habia aprovechado la oportunidad de corresponderle, ya que él se habia atrevido á declararle su amor. Lorenzo no podia ni debia creerse desairado; y sin embargo, sufría una contradiccion. El filósofo olvidaba por un momento sus teorías

sociales, y se sentía con los síntomas de la enfermedad que se llama amor. Y no podia ser de otra manera. Luisa era una jóven llena de atractivos: sus ojos negros, ardientes como el sol de medio día; sus labios húmedos, su andar provocativo..... y Lorenzo estaba lleno de vida. Para disipar aquellas ideas, segun su sistema, no hubiera necesitado hacer otra cosa mas que debilitarse, ocurriendo al efecto á un facultativo. Pero cómo exponerse á que el médico al reconocerle no hallase descomposicion alguna en su naturaleza? ¿Cómo exponerse á las risas del doctor, si le confesaba su verdadera enfermedad? Además, no queria arriesgarse á tomar sin prévia consulta, una droga cuyos resultados acaso podrian serle nocivos.

La lucha que Lorenzo sostenia consigo mismo, era tremenda.

Luisa era, mientras tanto, su único pensamiento; pues ella y nadie mas que ella era la causa de aquella situacion. Ya esto era mucho para la jóven. La enfermedad se iba desarrollando, y Lorenzo no tenia la fuerza

de voluntad necesaria para curarse, pues aquel sufrimiento era tan dulce, le apartaba tanto de la vida comun, que le complacia.

Habian pasado así ocho dias, y Lorenzo no habia concurrido, como atostumbraba, al paseo de Bucareli. Mas no por eso habia dejado de ver á Luisa sin ser visto de ella. Sabia muy bien la hora en que la jóven acostumbraba ir á misa á la *Profesa*, y Lorenzo no faltó una mañana á la peluquería de Broca, desde donde podia contemplarla al entrar y salir la jóven del templo. En las tardes, se situaba en otro lugar para verla ir al paseo.

No podia explicarse Luisa, la ausencia de Lorenzo. En vano habia aguardado encontrarle como de costumbre. Lorenzo, que no faltaba á la casa de Luisa, siquiera fuese una vez á la semana, no habia aparecido en ella. ¿Estará enfermo? ¿Se habrá ausentado de México? se preguntaba la jóven.

Afortunadamente para ella su mamá le dijo una mañana:

—Hace ya una semana que Lorenzo no

viene y que no le vemos en ninguna parte; será bueno que mandes un recado á su casa, para saber de él.

—Si así lo quiere vd....

—Y así lo desearás tú tambien, ¿no es verdad?

—Yo por mí, no mandaria ese recado, porque no vaya á suponerse que nos hace falta.

—Se necesitaria que él fuera un necio, para juzgar mal un paso de atencion.

—Enviaré, pues, á la costurera.

—Me parece bien.

Luisa cuidó bien aleccionar á la costurera, y aguardó con impaciencia su vuelta.

Hé aquí la esquila con que Lorenzo correspondió el recado:

“Luisa: no he estado enfermo; agradezco á vd. y á su mamá su cuidado. Lo que yo he tenido es..... yo no lo sé, acaso lo sabrá vd. mejor que yo. ¿Vá vd. al baile que dan próximamente en la Lonja? Si así fuese, ten-

dré el gusto de ver á vd. y de ofrecerle mis respetos.—*Lorenzo.*”

Jamás Luisa habia recibido una carta que dijese mas y menos al mismo tiempo.

III.

Pocos días despues, doña Cármen, la mamá de Luisa, hablaba así con su marido:

—Asegurar el porvenir de sus hijos, es el deber mas sagrado de los padres, Vicente; así, es preciso que á costa de cualquier sacrificio compres à Luisa un buen traje para el próximo baile que va á dar la Lonja.

—Reflexiona, Cármen, que los sueldos están mal pagados, que me deben seis quincenas, y que tengo contraídas ya muchas deudas.

—Se trata del porvenir de Luisa; en ese baile tiene que decidirse su suerte.

—No te comprendo.

—Pues bien, escúchame y me comprenderás. Lorenzo, ese jóven rico, hijo de una de las primeras familias de México, pretende á Luisa.

—Querrá divertirse, pasar el tiempo, dejarla despues chasqueada.

—Calla, y despues dirás cuanto se te antoje.

—Callo y escueho.

—Lorenzo pretende á Luisa. Hace unas noches se lo hizo comprender así, mientras la acompañaba en el Zócalo. Y como Luisa no habia de corresponderle al punto, las relaciones de Lorenzo con nuestra hija aun no tienen el carácter que yo deseo. Luisa me ha dicho que Lorenzo le ha insinuado su deseo de verla en el baile de la Lonja para...

—Mas nosotros no estamos invitados para ese baile, interrumpió don Vicente.

—Cuenta por seguro que lo estaremos.

—Es que me disgustaría queuviésemos que suplicar á alguna persona que interpusiese sus relaciones.....

—A todo tienes que objetar; pero yo que

me desvelo por colocar dignamente á Luisa, te aseguro que iremos al baile. Uno de nuestros amigos que, si no me engaño, pretende tambien á nuestra hija, nos traerá esa invitacion, y la aceptaremos en provecho nuestro. Sin saberlo él, vá á dar ocasion á que se declare su rival.

—¡Cármén! me repugnan esos manejos.

—¿Comprarás el traje ó nó?

—Será, Cármén, será.

Por el diálogo anterior, habrán juzgado nuestros lectores el carácter de los padres de Luisa.

Fácil es comprender que aquella familia es una de las muchas que existen en la sociedad mexicana, que á costa de sacrificios de todo género, logran una posicion ficticia y la conservan con asombro de los que no están al tanto de ciertas interioridades que avergüenzan.

Don Vicente, con un sueldo de doscientos pesos, propietario de la casa que habitaba con su familia, y sin otra renta, tenia coche, frecuentaba el teatro Principal, y aun se

permitía el lujo de ir algunas noches de ópera al Nacional.

Cualquiera que hubiese penetrado en la casa de aquella familia, habría creído que era la de un rico propietario. Tan decente y si se quería hasta lujosa era su sala de recibo. En cuanto á la mesa..... preciso es confesar que en la casa de algunos que no tienen coche ni van al teatro se come de una manera mas digna que en la de don Vicente.

Para no iniciar en el secreto de la escasez de su hogar, aquella familia vivía en cierto aislamiento, y no tenía Luisa ni mas de dos amigas, que solían pasar los domingos con ella, ni se daban fiestas en aquella casa; pero los criados, que son los espías forzosos de las familias, habían revelado mas de una vez la posición de don Vicente.

Este buen hombre, dominado por la influencia de su mujer, no hacía en la vida sino lo que doña Carmen le indicaba.

Doña Carmen..... esta señora es un tipo que quisiéramos delinear con calma, porque caracteriza á esa falange de viejas pretensio-

sas que tienen por ideal atrapar un marido rico para sus hijas, aun cuando sea un bés-tia.

Doña Carmen presumía aún, de ser una mujer si nó llena de atractivo, si hermosa entre las de su edad.

A pesar de sus cincuenta años, bien cumplidos y acaso bien pasados, se vestía con esmero, y procuraba estar al corriente de la moda; menos en su *clásico* peinado.

Doña Carmen, si la suerte le hubiese deparado un marido rico, hubiera sido intolerable por su orgullo. Su ideal, lo hemos dicho, consistía en casar *bien* á Luisa, que había cumplido ya veinte años sin haber logrado querer libremente, por propia inclinación, á ningun hombre. Cada vez que doña Carmen sabía que su hija tenía novio, indagaba si era ó nó rico. Lo demás le importaba poco ó nada. Sucedió una vez que Luisa, cuyos sentimientos eran mas nobles que los de su mamá, y que era superior á ella en inteligencia, y con mucho, llegó á enamorarse de un jóven con quien estaba en relacio-

nes; pero fué tal la conducta que doña Cármen observó para con aquel amante, solo porque no era rico, que, herido en su dignidad, se retiró para no pensar mas en enlazarse con una familia como la de Luisa.

Desde entónces, Luisa no volvió á querer á ninguno de los novios que tuvo. Por vanidad, procuraba tener siempre quien le hiciera el oso..... pero su corazon esperaba la órden de doña Cármen para *amar* al primer rico que solicitase su mano. En esta disposicion magnífica se encontraba cuando Lorenzo comenzó á divertir al vecindario con uno de esos *osos* capaces de fastidiar al mas tolerante, pero que forman la mayor delicia de gran número, por no decir de todas las jóvenes mexicanas.

Lorenzo entró bien pronto á la casa de Luisa, y se dijo así un día: una línea más y la familia de la mujer que ha despertado en mi sér algo hasta hoy desconocido, pertenecería á ese gremio llamado *la gente cursi*; pero, afortunadamente, se quedaron en la línea divisoria los papás, y Luisa no podria

ser llamada justamente *cursi*; es lo mejor que hay en su familia.

Desde que un hombre comienza á disimular los defectos de una joven y los de las personas que la rodean, puede asegurarse que está enamorado. Al principio no se nos ocultan esos defectos, mas lo disimulamos; cuando ha tomado creces el amor, creemos que todas las perfecciones de que un sér puede encontrarse adornado las reúne la mujer que amamos.

Lorenzo tenia por *cursis* á muchas familias que lo eran mucho menos que la de Luisa, y no tuvo á menos acompañar á la joven en el Zócalo, aquella noche en que principia nuestra narracion.

Reanudemos esta.